

“Mis decisiones me trajeron acá”

***Una etnografía sobre las experiencias de mujeres en situación de calle en
un barrio del sur de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.***

Florencia Pelagagge

INTRODUCCIÓN

Un día charlando con Javi, quien me contaba sobre un enfrentamiento que había tenido con un “ñeri”¹ con quien paraba y el miedo que había sentido, pude entender que me encontraba frente a un universo del que era completamente ajena. Podía observarlo, escuchar, interpretarlo, pero difícilmente lo experimentaría del modo que él lo relataba. Javi me explicaba que en la calle tenés miedo todo el tiempo, pero “*aprendes a manejarlo*”, que si querés “*ser de la calle*” tenés que aprender a “*manejarte*”, saber cómo hablar, cómo moverte, estar siempre alerta, que “*no te duerman ni te caguen a palos. Miedo tenés siempre, nunca estás tranquilo*”. Sin embargo, él también me aclaraba que este “*saber manejarse*” en la calle no era lo mismo para varones y mujeres. Ante mi comentario de “*yo no duraría ni un segundo*”, Javi me respondió: “*Naaa, sí, durás... Sos mujer, es distinto. Los hombres tienen que hacer otras cosas. Las mujeres es distinto, no sé, creo yo... bah, sí sé, pero no te quiero decir...*”. Desde ese momento comenzó a resonar en mí con intensidad la pregunta sobre cómo era ser mujer en las calles de La Estrella²: ¿Cómo eran las experiencias de estas mujeres? ¿Por qué eran distintas?

Realicé mi trabajo de campo en una salita del barrio. Se había instalado allí diez años atrás, con el objetivo de favorecer el acceso al sistema de salud de las personas que permanecían en calle consumiendo sustancias psicoactivas, principalmente pasta base de

¹ Término lunfardo para decir compañero.

² A los fines de este trabajo se denominará “La Estrella” al territorio en cuestión.

cocaína³. Durante mi primer año allí, los vínculos que establecí fueron principalmente con varones. Conversaba con ellos y compartía algunos momentos tanto dentro como fuera de la salita. Charlas mientras mirábamos televisión o escuchábamos música. Generalmente, y a diferencia de las mujeres, los varones permanecían más tiempo dentro de allí. La circulación de las mujeres dentro del dispositivo se caracterizaba por ser fugaz, disruptiva, muchas veces generaba tensiones e incomodidad. En ocasiones, la permanencia de ellas concluía con algún conflicto o discusión. Incluso, sentía una incomodidad amenazante, un mayor nivel de alerta en mi cuerpo, cada vez que intentaba conversar con alguna de ellas, cosa que, a su vez, me generaba miedo e inseguridad. Ante comentarios o saludos, recibía respuestas cortantes, incluso con tonos de enojo. Por lo tanto, desde mi inclusión en el campo hasta que comencé a dialogar y pasar más tiempo con las mujeres, pasó un año.

El vínculo con ellas fue construyéndose luego de acompañar a Ana a realizar una gestión personal en una oficina estatal. A partir de ese entonces se fueron sumando otros episodios donde de algún modo “ayudé” a algunas de las mujeres a ser atendidas en instituciones estatales, lo que generó, poco a poco, que podamos establecer vínculos más próximos entre nosotras. Empecé a sentir que ya no evitaban tanto mi presencia, pasaba más tiempo con ellas, conversábamos. Incluso algunas, como Azul, me comentaban que venían a buscarme porque les habían dicho que yo podía ayudarlas. En otros casos, le contaban a algún familiar que yo “*la cuidaba un montón, que cómo me preocupaba por ella*”. A su vez, comencé a visitarlas donde se encontraban “*parando*”.

Poco a poco fui, de alguna manera, formando parte de la configuración social de la calle, como visitante o extranjera en menor o mayor medida, como agente estatal o como “*amiga*”, pero en muchas oportunidades siendo la destinataria de cuidados y recomendaciones. No han sido pocas las veces que me han “*sacado*” de alguna situación, sugerido no circular por determinados lugares o dicho “*esta vez mejor no, no me la quiero agarrar con vos*”, ante la invitación a charlar un rato.

³ “El paco o base de cocaína, conocida como “basuco” en Colombia, “pitillo” en Bolivia, “baserolo” en Ecuador, “pasta de coca” en Perú, “pasta base” o “base” en Chile y Uruguay, es cocaína fumable que constituye uno de los pasos intermedios en el proceso de obtención del clorhidrato de cocaína (la cocaína que se esnifa) a partir de las hojas de coca. Por lo tanto, el paco es un producto con menos pureza que la cocaína, más fácil de elaborar y que los narcotraficantes pueden producir más rápido y vender más barato” (Arrieta, Damin y Prieto, 2017).

Por lo tanto, mis encuentros con estas mujeres se desarrollaron en su mayoría en la calle. Durante mis recorridas por La Estrella o acompañándolas a diferentes lugares. También pudimos encontrarnos en algún consultorio de la salita, cuando se acercaban espontáneamente a charlar, cuando venían a desayunar o usar el baño.

Desde mi inserción en La Estrella hasta marzo del 2020, cuando finalicé el trabajo de campo a causa de la pandemia por COVID 19⁴, concurrí a aquel lugar entre tres y cuatro veces por semana. A lo largo de aquellas jornadas que duraban entre 6 u 8 horas los encuentros con las mujeres, erráticos en su mayoría, me permitieron ir conociéndolas, conocer las narrativas de sus experiencias y sus modos de habitar las calles.

Inicialmente, mi vínculo con estas mujeres estuvo mediatizado por mi rol como trabajadora de salud. En ese sentido, mi rol profesional⁵ y mis esfuerzos por llevar a cabo una investigación etnográfica en simultáneo me presentaban con frecuencia dilemas éticos y metodológicos: *¿Cómo podría escindir mi lugar como trabajadora de la salud de mi intención de investigar? ¿De qué modo incluir aquellas observaciones donde aún mi lugar en el campo no estaba del todo claro para mis nativas e incluso para mí? ¿Era esto posible?*

Yo ocupaba un rol en el campo como agente estatal, como trabajadora de salud y terapeuta ocupacional; esto no era menor. Si bien, tuve la oportunidad de contar sobre mi investigación etnográfica y mi trabajo de campo, la información volcada en la mayoría de los registros era obtenida en el marco de mi desempeño profesional. En este punto, pude apoyarme en los antecedentes que han logrado precisar otros colegas en sus propios procesos etnográficos. De esta forma, intenté sistematizar y contextualizar lo más exhaustivamente que pude los registros de campo, llevar a cabo la observación participante como herramienta privilegiada durante el desarrollo de los momentos cotidianos tanto dentro de la salita como en la calle.

⁴ A causa de la modificación tanto en la modalidad de mi trabajo por la emergencia sanitaria, tanto como por las medidas de ASPO y su impacto en las dinámicas de calle, decidí que era momento oportuno para finalizar el trabajo etnográfico. En el contexto epidemiológico mencionado, el impacto en la participación dentro del campo de la calle también parecía ser diferencial si se tiene en cuenta la dimensión de género. Sin embargo, este aspecto excede el objetivo de la investigación.

⁵ Mi inserción en dicho campo ha tenido que ver con mi práctica profesional como Terapeuta Ocupacional en ese dispositivo.

Por otro lado, intenté a lo largo de todo el proceso poner en práctica la reflexividad como uno de los principios fundamentales de la investigación en ciencias sociales. La reflexividad supone que quien investiga juega un rol activo en la producción de conocimiento y que por tanto no puede ser considerado como un observador neutral ni objetivo. Por el contrario, su rol es el de interpretar los fenómenos y producir explicaciones por medio, tanto de las herramientas de investigación, como de las relaciones sociales que se ponen en juego en el campo (Guber 2011).

En este sentido, ser agente del estado y profesional de esa salita en particular era el primer elemento a tener en cuenta. Quienes asistían allí, varones y mujeres, esperaban obtener algo: recursos materiales, simbólicos, escucha, asistencia, etc. Es decir, concurrían con alguna demanda o sabiendo de antemano qué narrativas construir para que sus necesidades puedan ser satisfechas. Por otra parte, mi incorporación reciente en el dispositivo, ser la primera terapeuta ocupacional allí y el desconocimiento sobre la disciplina tensionaba aquellas narrativas habituales: “¿*Qué hace una terapeuta ocupacional? ¿En qué me podés ayudar?*”. Como terapeuta ocupacional en un primer nivel de atención mi función era la de brindar una mirada sobre el quehacer cotidiano de la población y co-construir cuidados de salud integral, teniendo un rol profesional de articuladora social. En este sentido, mi labor incorporaba una dimensión nueva al desarrollo de las actividades diarias en el campo de la calle y los circuitos que establecían, tanto para el equipo de profesionales como para los y las usuarias, facilitando las conversaciones en torno a los cotidianos dentro del campo.

Por otra parte, tener generalmente una edad similar a la de muchas de las mujeres en situación de calle y ser de otra procedencia social generaba, por un lado, cercanía sobre algunos procesos vitales o tópicos de conversación. Por el otro, me ponía en una situación de desigualdad ante la falta de capital necesario para participar del campo de la calle incluso como observadora. Sin embargo, yo sí contaba con otro tipo de capital para desenvolverme en las instituciones y sus burocracias, aspecto que para ellas tenía algún valor. En los vínculos que fuimos construyendo, se generó un intercambio constante: yo brindaba mi capital estatal y ellas retribuían aquello con parte del capital para moverme de forma segura en las calles de La Estrella, ciertos códigos y lenguajes compartidos allí.

De este modo, pude observar dinámicas diferenciales entre varones y mujeres. Así

mismo, el hecho de ser mujer, joven y nueva en La Estrella me exponía a ciertas situaciones donde los varones en situación de calle intentaban seducirme o pensaban que yo podía estar “*provocándolos*”. Esto, sumado a los vínculos establecidos con las mujeres y mi experiencia como militante feminista, fue construyendo tensiones con respecto a la distancia que existía entre sus prácticas y “*lo esperado*” en una mujer víctima, empoderada o no, de un sistema de opresiones. Estas mujeres no solo no se consideraban parte de un colectivo, ni víctimas de violencias generizadas, por el contrario, se consideraban responsables de sus decisiones, las cuales respondían a sus deseos y a la evaluación que hacían de cada una de las situaciones que atravesaban. Por otra parte, escuchaba relatos de vida complejos, desarrollados en condiciones de pobreza y desigualdad, que interpelaban los discursos institucionales dominantes sobre la reducción de todas las dimensiones del fenómeno de la calle, incluidas el género, a las problemáticas de consumo.

Mi propia experiencia con estas mujeres me brindó la posibilidad de comprender formas particulares y legítimas de alteridad. Los saberes de la calle y las estrategias vitales que compartieron conmigo generaron en mí un aprendizaje al punto de poder interpretar mis propias señales corporales sobre los potenciales peligros de la calle y el abanico inmenso del lenguaje no verbal allí. En el encuentro con cada una de ellas fui transformándome yo misma.

“MALAS MUJERES”

Hasta aquí hemos visto cómo las relaciones que establecen con otros y otras juegan un rol protagónico en el campo de la calle. Tanto para el pasaje de un campo al otro, como para transmitir estrategias que garanticen la permanencia segura en la calle, brindar protección y cuidado, garantizar recursos, generar compromisos y obligaciones, incluso tensiones y conflictos, los vínculos siempre están presentes en el cotidiano.

Sin embargo, en el caso de las mujeres en situación de calle en La Estrella los vínculos con sus familias de origen y con sus parejas tienen funciones específicas en el campo de la calle, totalmente diferentes al caso de los varones en su misma situación. A continuación, abordaremos estas particularidades como forma de reproducir las desigualdades de género en este campo.

Provocadoras, mentirosas y manipuladoras:

Como hemos abordado hasta aquí, los vínculos que establecen las mujeres en la calle, y no solo allí, cobran particular relevancia dentro del campo que aborda esta tesis en particular. En ese sentido, el vínculo con sus familias de origen y el establecimiento de relaciones amorosas/sexoafectivas, monogámicas y heterosexuales, juegan un rol protagónico en el cotidiano de la calle y las prácticas que allí desarrollan. Si bien en ocasiones, como el caso de los vínculos familiares, no son propios del campo de la calle, estas relaciones trascienden los espacios propios para intervenir de forma relevante, en los distintos espacios donde las mujeres participan. En primera instancia, aquellos vínculos ofrecen protección ante los riesgos relatados en el capítulo anterior. Así mismo, tienen un rol clave en aquellos momentos donde las mujeres deciden desplazarse entre uno y otro campo, es decir cuando se rescatan del campo de la calle o se van/escapan del ámbito doméstico.

En el caso de los vínculos con sus familias de origen, como hemos visto en parte en el capítulo uno, en ocasiones garantizan cuidados y protección que excede el campo de lo doméstico, reclamando a veces la vuelta a este campo. Sin embargo, en otras ocasiones, los conflictos y tensiones allí desarrollados generan la expulsión al campo de la calle

como forma de resolución de las violencias desatadas:

“Hace menos de 20 días habré llegado (a la calle). Todo mal con mi hermana. Estábamos con ella y mi pareja y yo me fui a comprar pasta base, allá en mi barrio. Cuando volví los encontré que me estaban ruchiando⁶. Armé un re bardo y él tenía una picana y un arma. Me cagaron a palos entre los dos. Me fui a la casa de mi hermano, lastimada y renga, con mi hija... Le dejé a él y a su pareja mi hija. Le vendí mi teléfono y me fui. Antes me tomé toda la medicación. Le dije que le pregunte a Gabriela (su hermana) lo que había pasado. Ahora está arrepentida, me anda buscando” (Celeste, 27 años)

“A mi mamá la echaron de la casa donde vivía, ahora vive en lo de uno de sus novios. En año nuevo hicimos kilombo, nos peleamos y llamaron a la policía. Yo me fui... En mi casa se consume también, mi mamá nos compra. Ella tiene todas mis cosas, mi documento. Hoy la llamé (sonríe), se puso contenta cuando me escuchó... Igual ella es terrible” (Ana, 27 años).

En sus experiencias, el tránsito por los espacios domésticos y la calle se encuentran signados por las relaciones significativas ambivalentes que conllevan una serie de afectos, intercambios, negociaciones, tensiones y conflictos. Este aspecto está presente también en los vínculos que establecen con sus parejas.

De esta forma, los vínculos de pareja también generan desplazamientos entre uno y otro campo. En este sentido, en ocasiones, los vínculos de pareja permiten plantear la posibilidad, aunque sea sólo en lo ideativo y discursivo, de poder construir un proyecto familiar que motorice “salir de la calle”. Según Epele (2010) el concepto de rescate hace referencia a un proceso complejo que combina mandatos, acciones, decisiones e intervenciones de otros, es decir, supone en ocasiones, un vínculo social. Entre quienes intervienen en el rescate se encuentran: parejas, familiares, amigos, profesionales de la salud, etc. En este sentido, el rescate por amor es el ejemplo paradigmático del rescate por la intervención de otro. El rescate en general y el rescatarse a través de un vínculo afectivo ofrece por un lado otra alternativa que incluye el intento de resolver los riesgos de la calle. Por el otro, replica la retórica del amor romántico, que todo lo puede y de la

⁶ La estaban engañando.

mujer salvada/rescatada del peligro por el amor de un hombre.

Desde mi llegada al campo, los varones en situación de calle, con quienes muchas de estas mujeres establecían relaciones amorosas, fueron los primeros con quienes pude establecer un vínculo. Ellos eran quienes habitaban y permanecían en la salita del barrio de forma casi permanente y con un nivel de alerta mucho menor que ellas. Por lo tanto, comencé a compartir situaciones cotidianas e intercambios sobre diferentes tópicos, entre los que se encontraban “*las mujeres*”, y en particular “*las mujeres de la calle*”.

Si bien, yo también era considerada por ellos parte del universo de las primeras, mi condición de profesional, académica, sin capital adecuado para “*manejarme*” en la calle, permitía que el vínculo con estos varones se desarrollara de un modo distinto al que caracterizaba los vínculos entre las mujeres de la calle y ellos. El hecho de ser percibida por ellos como mujer y “*nueva*” en el barrio ponía frente a mí el despliegue de lógicas, sentidos y mecanismos que daban cuenta de la presencia jerarquizada de los estereotipos clásicos de género. Con frecuencia se activaban con mi presencia una serie de prácticas de seducción, oferta de bienes materiales como teléfonos y dinero para que “*guarde y use*” en caso de necesitarlo, prácticas de protección, e incluso sospechas entre ellos de que yo podría estar “*provocándolos*”.

Además de expresar la obligación, según ellos, de tener que proveer y cuidar, las mujeres también generaban recelo en ellos. Eran para ellos personas en quienes no se podía confiar, provocadoras, manipuladoras, mentirosas, oportunistas y calculadoras, con el único fin de obtener algún beneficio a cualquier costo. Bien lo expresaba Javi:

“no confío en las mujeres, son manipuladoras. Son todas así. Yo me crié con mujeres y las veía a mis hermanas que les mentaban a los novios y se iban a bailar. Después lloraban y les juraban que no... Además, tienen más derechos ahora y se aprovechan. Bah, no sé, eso pienso yo, corte, si usan cosas cortas que se banquen que les digan algo. Si se visten así es porque buscan que les digan cosas. Si no, se vestirían de otra manera o no pasarían por donde están los varones”.

En el caso de las mujeres de la calle particularmente, según ellos, el intento de beneficiarse incluía sobre todo la obtención de bienes materiales, dinero, sustancias, a cambio de sexo. Por lo cual eran acusadas de provocar y “*mirar a todos*”. “*Putas*”, eran

quienes contaban con “*otros recursos*” los cuales “*aprovechaban*” y hacían “*otras cosas*” en la calle. Ellas, compañeras de consumo y otras prácticas masculinizadas, parecían tener un rol particular en la calle por el hecho de ser mujeres. Tanto Ana, al inicio de mis registros de campo, como José a continuación, referían que cuando sos mujer y estás en la calle “*todos te quieren coger*”. Según él, cuando una mujer “*nueva*” llegaba a las calles del barrio, los varones de la calle (y no solo de la calle) desplegaban una serie de prácticas con el único objetivo de “*cogérsela*”; y agregaba, “*acá son todos tremendos violines. Cualquiera de estos giles rescata algo y la llevan a un telo. Se aprovechan y le dan de todo para que tome*”. Aquello constituía riesgos cotidianos para ellas, potenciales situaciones de violencia y sufrimiento como se describió en otro lugar.

Por el relato de mis interlocutores, parecía ser una suerte de competencia entre varones por dominar los cuerpos de las mujeres de la calle. Sin embargo, y a su vez, también se constituía para ellas, desde su perspectiva y la de los varones, en oportunidades para “*aprovechar, hacer guitar*” y obtener “*todo lo que necesitaban*”, incluso para robar al cliente en cuestión, lo cual lo convertía en “*un damnificado*” con legitimidad para ejercer justicia en otra ocasión. Es decir, se generaba un contexto propicio donde, muchas de ellas, al contrario de percibirse vulneradas o en riesgo, se autopercebían en condiciones de aparente paridad a la hora de establecer intercambios. Así, no sólo podían hacerse de elementos materiales que garantizaran su supervivencia en la calle, sino de cierto poder, jerarquía, estatus, protección o la posibilidad de establecer vínculos más estables con varones: ser “*su mujer*” con todo lo que eso implica.

Si bien, esta aparente paridad jugaba un rol importante a la hora de relatar los intercambios, los estereotipos clásicos y roles de género no desaparecían, menos en el caso de los vínculos de pareja en el campo de la calle. En ese contexto, ser “*mujer de*” genera cierta “*fama*” y protección ante los riesgos mencionados. Así lo expresaba Junior:

“Ponele que estoy con mi pareja y vamos a fumar a la plaza y viene un guacho y te pide si le convidás y entonces como qué onda, me va a mirar como que: gordo estoy con vos, ¿qué onda este? Y yo ahí lo tengo que embocar”.

La construcción de poder masculino y su sostenimiento en el campo de la calle, utiliza la matriz fundacional del patriarcado mediante la subordinación de los cuerpos feminizados. De esta manera, el honor y respeto masculino como mandato y pacto de

poder entre pares, se sostiene en la medida que logren controlar, dominar y proteger de otros varones a sus mujeres, como si se tratara de un territorio propio. Este requisito se convierte en la prueba de pertenencia al universo masculino.

En sus relatos, todos estos varones y muchas de las mujeres (no todas) daban cuenta de la necesidad de contar con un varón que las proteja ante un escenario donde claramente no hay igualdad de condiciones. Los procesos actuales de desterritorialización y ciudadanía por consumo analizados en el capítulo anterior dan cuenta de cómo ambas estructuras -patriarcado y capitalismo- se combinan y materializan en el campo construyendo un neoliberalismo desde los márgenes que adopta, en el caso de las mujeres de la calle en La Estrella, formas generizadas.

Es por esto que, como parte de la propiedad de estos varones, muchas de las prácticas realizadas por las mujeres de la calle interpelaban y ponían en riesgo el capital construido por ellos. Según Alberto:

“yo me quiero rescatar, pero me cuesta si no tengo pareja. Cuando estoy en pareja no quiero que trabaje, yo la mantengo. Si corte, ponele, yo salgo con una chica, entonces le doy todo para que ande cheta, la trato de rescatar. ¿Sabés cuál es el problema? que es paquera”.

Las mujeres de la calle, parte del territorio de sus parejas, deben ser protegidas y controladas, como una de las formas por excelencia que tienen los varones de obtener/mantener el respeto y el honor. El honor del hombre comparado con el de sus oponentes se engrandece/disminuye según su capacidad para mantener la autoridad y el control sobre sus mujeres. El éxito del honor en el ámbito público depende del poder asociado al género, la familia y las relaciones de parentesco del ámbito privado (Ortner, 2016).

En una ocasión Gaspar, quien vivía frente a la salita, inicialmente en un ranchito y luego en un carro que había podido adquirir haciendo changas -como entrar al barrio a comprar para consumidores que pasaban por la zona-, echó de ese sector del barrio a Lili, su ex pareja, al grito de que iba a romperle la cabeza sino se iba, que él ya había hecho mucho por ella: visitarla en la cárcel, buscarla cuando no aparecía, etc. Días más tarde le pregunté a Gaspar qué había ocurrido entre ellos a lo cual respondió:

“yo ya estuve 18 años preso, no me preocupa volver (refiriéndose a lo que podía hacerle a ella). A mí me costó mucho hacerme respetar en el barrio. No voy a perder el respeto por una pendeja de mierda. Acá ella es mi mujer, aunque no estemos juntos. No puede irse con cualquiera o subirse a cualquier auto. Vos no sabés las cosas que hice por ella, durante 3 años la saqué de la calle y para conseguir plata para ella robaba y así perdí el ojo... vos la ves así, toda tranquilita, se hace la buena, pero es terrible. No puede volver al barrio de ella porque hace bardo allá también y a una amiga de ella que era así loquita la descuartizaron... mientras tengo para consumir ella se queda, pero cuando se termina empieza a hacer cualquier cosa para conseguir. Yo quiero que esté bien, ¿qué te pensás? A mí no me gusta verla mal, me pone mal. O verla llorar. Porque le pasan muchas cosas en la calle y yo no me puedo seguir rompiendo el lomo para que esté conmigo”.

Es decir, los vínculos de pareja establecidos exceden el tiempo que dure la relación, generando obligaciones, compromisos y sentimientos duraderos. Ana me lo contaba de la siguiente manera:

“el Antony fue mi gran amor. Yo todavía le pido a él, cuando estoy sola y tengo miedo le pido que me cuide. Si no me pasó nada todavía es porque él me cuida. Voy al cementerio a pedirle que me cuide, si él estuviera acá no dejaría que nadie me ponga una mano. Tuvimos una hija, te dije ¿no? Y ella siempre lo viene a ver al cementerio. Y le arregla la tumba y a veces me llama y me dice que se siente rezarpada que le robaron las cosas de la tumba al papá... Cuando quedé embarazada tenía 14. Y unos meses antes nació el Titi que es el hijo de Antony con Yamila, no sabes es igual a él, pero rubio, son como gemelos con Brisa (su hija). Y está la otra hermana también. Y Brisa se lleva bien con ellos, los ama como a su papá. Son sus hermanos también”.

Por momentos son destinatarias de protección, por momentos “son terribles” y desafían el estatus de ellos, haciendo uso de “sus recursos” para obtener aquello que quieren, interpelando lo que se espera de ellas: sumisión, docilidad. Los vínculos de pareja monógamos y heteronormales presentan el interjuego constante de ser propiedad de su compañero varón y al mismo, ser amenaza o poner en riesgo la masculinidad hegemónica.

Por lo tanto, el control, la vigilancia y el adoctrinamiento sobre ellas, sus cuerpos y prácticas se vuelve una obligación masculina. Sin embargo, en el campo de la calle, no solo ellas podían atentar contra el respeto construido por ellos. En ocasiones, las prácticas de ellos y su potencial vínculo con otras mujeres, “*sus otras mujeres*”, interpelaban la *fama* de ellas en la calle, requiriendo el ejercicio de prácticas violentas hacia estas otras mujeres (no solo de la calle) que podían “*andar con sus maridos*”, haciéndolas “*quedar como una ruchi (cornuda) o una puta*”.

Además de reproducir los estereotipos tradicionales de género e ideas del amor romántico, los vínculos de pareja se caracterizan por desarrollarse en plazos breves de tiempo. Así rápidamente se consolidan vínculos sumamente intensos, estrechos, incondicionales y de amor profundo. Con frecuencia ellos son bastante mayores de edad. Como característica particular, estos vínculos exceden el período de tiempo en el que se mantiene la relación, tal como refería Azul mientras Braian, su expareja estaba detenido:

“estoy preocupada por él, quiero hacerme el documento para ir a verlo... lo tengo que ir a ver, soy su mujer, por más que estemos peleados”.

Era sumamente habitual que cuando alguno de los varones se encontraba detenido u hospitalizado sus parejas actuales intentaran visitarlos y llevarles cosas. Por su parte, las ex parejas de ellos también mostraban preocupación e intentaban por diferentes medios establecer algún tipo de contacto. Cabe destacar que, en casos contrarios, cuando ellas se encontraban presas u hospitalizadas, no era para nada frecuente que ellos, tanto parejas actuales como anteriores, intentaran contactarlas.

En este sentido, la calle como territorio simbólico donde por excelencia se construye la masculinidad hegemónica en base al respeto y el ejercicio de la violencia, reproduce la desigualdad entre los géneros como uno de los pilares desde donde sostener y fortalecer la virilidad desde la micropolítica, y reproducir y reactualizar las lógicas del sistema capitalista y heteropatriarcal.

Dispositivo de control familia-pareja:

Como refería Alberto al inicio del capítulo, rescatarse no era lo mismo sin pareja. Los vínculos de pareja creaban la ilusión de ser potenciales salvadores ante el sufrimiento, rescatar del consumo, de la calle, resolverlo todo. Así mismo y como veíamos en los

capítulos anteriores, la consolidación, conflictos y rupturas podrían constituirse como aquellos hitos que motorizaban la salida o entrada de la calle. En los relatos acerca de sus experiencias, las mujeres evocaban la intermitencia con la calle estructurada por el armado de un proyecto de pareja, por la caída del mismo, para escapar de esas relaciones conflictivas o para recuperarlas.

Si bien ser “*mujer de*” no es lo mismo que no serlo, esta condición tensiona el espectro de prácticas que pueden desarrollar las mujeres, definiendo cuáles son adecuadas, cuáles no y en qué circunstancias, siendo también, una posible estrategia en la calle, como refería Erica:

“A una mujer sola la toman de punto, si no estás con un tipo se la agarran con vos. Aunque el chabón sea el más boludo y no haga nada, no se meten con vos si sos la mujer de alguien”.

Sin embargo, un aspecto clave que se construye tanto en los vínculos de pareja como con el de los vínculos con sus familias de origen, tiene que ver con la capacidad de estos vínculos de ofrecer a las mujeres formas de protección que trascienden el campo donde estas relaciones se establecen. En ambos campos estos vínculos se encuentran presentes controlando sus cuerpos, sus prácticas y su “*fama*”, independientemente de dónde se han originado.

Golpeo la puerta del baño y me abre Alelí. Le paso la ropa que había buscado para ella. Le pregunto cómo está y me responde “amanecida”. Me muestra el corte que tiene en el cuello y el dedo que tiene lastimado. El corte del cuello parece estar cicatrizado, se ve una línea de extremo a extremo, con relieve. Ayer vino mi mamá y encontramos a la piba que me hizo esto. No se olvida más de nosotras... Ayer estaba con mi mamá y mi novio. Él se fue y nos dejó re tiradas, en la esquina, sin plata. No te voy a decir que hicimos las cosas bien, hice la calle”.

Unos días más tarde Alelí vuelve con su novio a la salita. Me pide el teléfono para hablar con la defensoría y avisar que iba a ir a firmar al día siguiente. Como no atendieron en esa oficina, llamó a su mamá. Habló unos minutos con ella, preguntó cómo se encontraban todos, sus hijos y hermanos. Luego le pasó el teléfono a su novio quién saludó a su suegra y comenzó a contarle “lo mal” que Alelí se portaba,

“no hacía caso”. Luego él volvió a pasarle el teléfono a ella quien comenzó a insultar y discutir con alguien. A mi pedido de que se detuviera me respondió: “Sisi, perdón (corta la comunicación sin despedirse) Es que mi hermana me hace enojar, me habla de putarracas”.

Tomando el proceso de acumulación originaria como inicio del capitalismo, Federici (2018) da cuenta de los diferentes hitos de la historia donde las mujeres y sus movimientos de resistencia han sido perseguidos bajo la justificación de la construcción de lo femenino como mágico, hereje, irracional. Así las mujeres siempre han sido seres que controlar necesariamente para garantizar el sostenimiento y desarrollo del sistema capitalista. De esta forma, el patriarcado o relación de género basado en la desigualdad, se convierte en la estructura política más arcaica y permanente de la humanidad donde la mujer y los cuerpos feminizados son vencidos, dominados y disciplinados. De esta forma, los procesos de acumulación propios del capitalismo se combinan con el patriarcado, siendo funcionales entre sí ambas estructuras, conteniendo una a la otra como condición necesaria para su desarrollo (Segato, 2018).

En el campo de la calle aquellas formas de control se actualizan a la luz de los procesos neoliberales actuales, como veíamos en el capítulo anterior. En este sentido, los mecanismos de control también toman formas particulares en relación a sus vínculos afectivos y la calle. En el campo de la calle, pareciera existir sobre ellas un dispositivo de control hermanado entre sus parejas y sus familias. Este aspecto da cuenta de cierta extensión de la tutela familiar sobre ellas en este otro espacio vital. Así, refuerza la afirmación de la existencia de límites porosos entre uno y otro campo. Por lo tanto, la violencia que sufren a causa de sus comportamientos incorrectos no solo se encuentra legitimada y validada, sino que se trata de todo un dispositivo articulado entre sus vínculos significativos. Ellos tienen la potestad de determinar el carácter de sus comportamientos, adoctrinarlas, en caso de que sea necesario y “ajusticiarlas” frente a otros que las violentan por fuera de este aparato legítimo. A su vez, la información de los diferentes miembros que forman parte de este dispositivo circula de un campo al otro de forma constante. Otro aspecto a destacar es que este dispositivo de control incluye a las familias políticas pasadas y actuales como veremos a continuación:

Mel la administrativa de la salita era vecina del barrio, conocía a muchas de las

personas que concurrían allí. En ocasiones, conocía a sus vínculos significativos actuales o pasados, como el caso de Ana, que conocía a quien había sido su pareja años atrás:

Mel- Yo te veía cara conocida. Seguro te vi...

Ana- Sí, yo era la mujer del Antony. Brisa, mi hija mayor es hija de él.

Mel- ¿Es negrita como era él?

Ana- (se ríe) Naa, Brisa es igual a él pero más blanquita. El Antony fue mi gran amor. Yo todavía le pido a él, cuando estoy sola y tengo miedo le pido que me cuide. Si no me pasó nada todavía es porque él me cuida. Voy al cementerio a pedirle que me cuide, si él estuviera acá no dejaría que nadie me ponga una mano. Y Brisa siempre lo viene a ver (al cementerio). Le arregla la tumba y a veces me llama y me dice que se siente re zarpada que le robaron las cosas de la tumba al papá.... Y hace poco me lo encontré en el playón a Jamir (hermano de Antony) y me dijo “¿Qué hacés vos acá?”. Sacó un fierro así (hace gesto con la mano) y me dijo: “Salí de acá que vos sos la mamá de mi sobrina, no te quiero ver acá con estos fisuras”.

En ese sentido, retomando lo dicho anteriormente, la lógica de acumulación actual refuerza y reinventa el control heteropatriarcal y capitalista sobre los cuerpos y las vidas de los cuerpos feminizados. En este sentido los cuerpos de las mujeres de la calle, en tanto hijas, hermanas, primas, parejas, etc, son necesariamente objeto de control en el campo para cumplir diferentes objetivos. Por un lado, permiten reactualizar el mandato de masculinidad por parte de los varones a los que de algún modo “*pertenecen*”, por el otro como forma de afianzar el honor y el respeto familiar y también el de sus parejas (actuales y pasadas), por último, como forma de expresar un mensaje hacia el campo en general sobre quién tiene el control y qué es lo que se controla.

Para finalizar, cabe resaltar que, como aspecto común de las formas de control abordadas hasta aquí es el sentido que se les otorga a estos mecanismos dentro del campo. Tanto para las mujeres en situación de calle como para el resto de los actores mencionados anteriormente las formas de control son traducidas como formas de cuidado.

En este sentido, el género en tanto estructurador, por momentos se muestra y legitima la desigualdad entre los géneros como aspecto natural que construye a las mujeres como seres irracionales que deben ser subsumidos en tanto constructor del honor familiar y masculino. Sin embargo, como veremos en el siguiente apartado, muchas de las prácticas que estas mujeres desarrollan desafían los estereotipos clásicos del género y las convierten en “*malas mujeres*”. Se recrea así, cierta idea ficcional de paridad que no tiene efecto de realidad, sino que recrudece los mecanismos de control para, no solo enviar mensajes de forma horizontal y garantizar el “*respeto*” de los actores, sino también para enviar mensajes de adoctrinamiento de forma vertical.

La triple sospecha:

El consumo de sustancias psicoactivas es un aspecto clave de las prácticas desarrolladas en el campo y que justifica el control sobre ellas, recreando un sentido ficcional de igualdad e invisibiliza las relaciones de poder a la hora de pensar los vínculos de parejas. En reiteradas oportunidades, algunos varones me han referido que el consumo de pasta base “*excita a las mujeres*”. Según José:

“son todas la mujer del que tenga 5 gm. Algunas cobran 1000 o una bolsa. Si hablas con una de estas pibas te va a decir y bueno, comprame la bolsa vos. ¿Qué van a hacer si lo único que saben hacer es abrir las piernas? Por una bolsa hacen cualquier cosa... las minas son más drogadictas que los varones. Es re difícil andar con una de estas, tenés que hacer mucha guita porque cuando se termina la plata, se termina el consumo y se les termina el amor”.

Retomando lo anterior, la obligatoriedad de dominación, control y vigilancia sobre los cuerpos y prácticas de las mujeres de la calle, tanto sea por medio de la protección como de la violencia y sometimiento, podrían dar cuenta de cierta expresión del mandato de reafirmación de la masculinidad y heterosexualidad en los varones de la calle. Este último reforzado y legitimado sobre este sentido ambiguo de igualdad que, tanto ellas como ellos sostienen a la hora de desarrollar intercambios y tomar decisiones.

Sin embargo, no es el único sentido que juega un rol clave en la legitimación de la dominación ejercida sobre ellas.

Un día Marcos entró a la salita y me encontró sentada en un banco largo contra la

pared. Se sentó al lado, mientras se sacaba y ponía la gorra, intentaba acomodarla, resoplaba. Le pregunté qué le pasaba y me respondió: “estoy re embroncado, con los trámites y con Rochi. La estúpida perdió la mochila con los documentos... ayer discutimos en la calle y le pegué”. No pude emitir sonido y él continuó. “El domingo la mamá de ella la vino a buscar para llevarla a la casa, re lejos. Igual para mí me miente, anda en algo. Volvió el lunes y cuando nos fuimos de acá le pregunté si tenía plata y me dijo que no. Yo quería alquilar una habitación para dormir porque llovía, entonces iba de mi hermano a buscar plata y ropa. Entonces me dice que tiene 400 pesos pero que se quiere drogar, y empieza que vamos a la villa, quiero ir a la villa (la imita y hace gestos con su mano sobre la sien de que le enloquece) ... Le pasa todo el tiempo, siempre a la noche o madrugada y arranca así cuando estamos durmiendo y le digo ¿qué te pasa nena? ¿estás loca? Y la dejo que se vaya, al toque la voy a buscar... Así que ese día estuvimos en la villa, yo tomando algo y ella fumando. Me quedé con ella para cuidarla, hacerle la segunda. Y así hasta que se terminó la plata. Y ella no se quería ir, empezamos a discutir y le pegué. Le pegué poco, pero ella empezó a gritar que me iba a denunciar. Armó un escándalo. Cayó la policía y casi me llevan, pero me fui corriendo... Me saca esta piba, me busca para que me ponga loco, me provoca. Y yo aguanto hasta que no puedo más. Y no sé dónde está ahora, no la vi más. La extraño, pero si viene no le voy a dar ni cabida”.

El sentido de cierta impulsividad y falta de racionalidad que construyen ellos sobre ellas, opera como una forma más de legitimar la desigualdad entre los géneros en la calle. El control y vigilancia se convierte en una necesidad imperante para garantizar el cuidado de ellas ya que son capaces de “cualquier cosa” con tal de consumir. Si bien este sentido de imposibilidad de autocontrol opera por parte de las instituciones tanto sobre ellos como ellas, a nivel de los vínculos interpersonales aparece como un rasgo generizado. Es decir, parece solo adjudicársele a ellas y no al contrario.

En este sentido, Epele (2010) refiere que los vínculos entre usuarios y usuarias de drogas e instituciones de salud se ven estructurados por lógicas de sospecha y desconfianza mutua. Ambas son entendidas como el conjunto de prácticas simbólicas que definen las propiedades de los vínculos y las posiciones entre los usuarios de drogas y las

instituciones del estado. Las prácticas incluidas dentro de estas categorías incluyen la desconfianza, la duda, la sospecha, el deslizamiento y la inversión del significado en la lectura de los mensajes, entre otras.

Como hemos visto hasta aquí, en aquello que referían los varones de la calle, ellas eran destinatarias de una serie de descripciones que reproducían la sospecha, desconfianza, irracionalidad e impulsividad como características propias de las mujeres solo por el hecho de serlo. Este aspecto además de legitimar el control sobre ellas para dominar su naturaleza, replicaban las lógicas estatales de las cuales son víctimas los hombres y mujeres de la calle en tanto consumidores de sustancias psicoactivas. Es decir, la sospecha que replican las instituciones sobre los usuarios de drogas se replica en los vínculos entre ellos, con mayor intensidad en los vínculos entre ellos y ellas, donde además de esta sospecha se apoya sobre la desigualdad de géneros, la necesidad de tutelarlas e infantilizarlas.

Por el contrario, en los relatos de ellas, ellos no eran víctimas de estas mismas lógicas, no eran seres irracionales que pierden el control. Aparecen más bien como quienes se aprovechan de los bienes que ellas obtienen, y disponen de ellos como si fueran propios. Además de la extensión del rol de vigilancia y control sobre estos últimos y las formas en que son obtenidos.

Nora entra a la salita y va directo al comedor, una habitación que está al lado de la sala de espera. Es muy oscura porque no funciona la persiana eléctrica, tiene una mezcla de olor a humedad y mugre. Casi no logro distinguir quién es de lo rápido que pasa. Me acerco a la puerta del comedor, me asomo y pregunto si está todo bien. Me mira mientras llora y me pide cargar el celular, mientras repite: “Vine acá porque quiero estar sola”. Le pregunto si prefiere que me vaya y me dice que no. Se sienta en un banco largo, enchufa el celular, apoya la espalda en la pared. Lloro, pero sin gesticular demasiado con la cara, solo veo las lágrimas que caen una tras otra. Me cuenta que se despertó y su marido, Darío, con quien está en pareja hace alrededor de un mes, ya no estaba. Agrega: “me robó la plata que me había puesto en la media, esperó a que me durmiera. Y recién cuando fui al tranza vi que tenía el mp4 que le regalé y mis anteojos. Le pregunté quién te dio esto y me dijo tu marido”. Se la veía muy enojada y triste,

mientras continúa llorando con la mirada hacia abajo repite “me rompe todo, me tira las cosas. A mí me cuesta mucho trabajo comprarme las cosas y este flaco me las fisura o las rompe. Pone excusas después, ¿qué se piensa?, que se las sacaron, que se le cayeron al agua, que se yo”. Me sorprende porque unos días previos Azul me relató una situación similar con su pareja, Brian: ya no estaban juntos porque él continúa fumando pasta base y ella no quiere. Dijo estar cansada de ganar plata y que él la use para ese fin. Además, refería que había cierta desigualdad en cuanto a las actividades laborales y el control sobre ellas, él casi no trabajaba y la “hacía prostituirse” Durante la pelea él le rompió sus cosas y le tiró la ropa a la calle.

Es decir, el control sobre las prácticas de ellas abarcaba las prácticas de consumo, las laborales como mostraba Azul y sus bienes materiales, pudiendo “fisurarlos” o romperlos. El modo de construir este control expansivo sobre ellas implicaba prácticas de subalternización, sometimiento físico y discursivo. Atribuirles la irracionalidad y falta de control, legitimaba la obligación de ser tuteladas por alguien que pudiera “cuidarlas” de aquellos riesgos propios de la vida en la calle.

La desigualdad de género en este campo se basa en una lógica de triple sospecha sobre las mujeres: La sospecha propia de la subjetividad neoliberal que utiliza el cálculo y el oportunismo como matriz de pensamiento, construyendo al otro (independientemente del género) siempre como amenaza; la sospecha que construye el patriarcado sobre las mujeres en general y la sospecha que recae sobre las personas que consumen sustancias.

Según Pérez Orozco (2021) el capitalismo ha logrado instalarse por medio de la invisibilización de esferas económicas informales. Las mujeres son aquel otro oculto que logra garantizar la reproducción de la vida, sobre todo cuando el sistema atenta contra ella. En este sentido, la autora trae la figura emblemática de madre, esposa dedicada a sus labores dentro de la familia nuclear. Este modelo de mujer ha tenido siempre como imagen especular a la otra, la puta, que gana dinero. El estigma de la puta funcionado como mecanismo de control para todas las mujeres, impone la sospecha constante de si hacemos cosas por algo distinto al amor. Bajo este modelo, cualquier mujer que ocupa el terreno de lo público, el mercado, ocupa la posición de la otra, la mala mujer.

Esta triple sospecha sobre las mujeres de calle las construye como figura emblemática de

las malas mujeres en un contexto de extrema vulnerabilidad. Estas mujeres son las *otras* de las mujeres pobres, las que no participan de la economía de los cuidados, las “paqueras”, “*las malas madres que no se ocupan de sus hijos*”⁷ y, como veremos a continuación, las malas víctimas que se defienden.

La mala víctima:

Como venimos observando a lo largo de los capítulos, los vínculos y redes que establecen, las prácticas asociadas al consumo y la violencia estructuran el cotidiano de estas mujeres en el campo de la calle. En el caso de los vínculos de pareja, las prácticas asociadas al consumo, con frecuencia, generan conflictos. Ya sea por los modos de participación en la economía informal (prostitución, venta de cosas, uso del dinero), como por la obligación de proteger/controlar por parte de los varones. Las dinámicas que se establecen refuerzan estereotipos clásicos de género y legitiman la violencia como mecanismo de control y adoctrinamiento sobre los cuerpos de las mujeres.

A lo largo de mi trabajo de campo un aspecto que se repetía una y otra vez en los relatos de las mujeres de la calle era que todas habían estado o estaban actualmente en una relación violenta. Incluso muchas de ellas relataban haber tenido más de una pareja violenta como veremos a continuación:

Nora entró a la salita y se dirigió a la mesa donde estaba el desayuno, se sentó en una silla mirando a la puerta, mientras se tocaba la cabeza. No era la primera vez que me contaba que Darío le había pegado. Cuando le pregunté si estaba bien, empezó a llorar y a mostrarme los brazos llenos de moretones “me desperté y abajo de la frazada me dijo que me iba a matar, que era una puta. Mira el chichón que tengo en la cabeza, tocá”. Había otras personas en la mesa, todos varones. Ante el relato de Nora ni siquiera levantaron la cabeza, manteniendo la vista todo el tiempo hacia la mesa.

⁷ Si bien la gran mayoría de las mujeres de la calle de esta tesis tenían hijos, generalmente mantenían contacto con ellos y con quienes los cuidaban. Incluso, y a diferencia de los varones de la calle, con frecuencia les llevaban dinero, bienes materiales, ropa, comida, pañales, hacían revisar los carnets de vacunación de sus hijos por que algún profesional de la salita, se endeudan para brindar a sus familias alguna ayuda económica, etc. Este aspecto no será abordado en esta tesis ya que excede el objetivo de la misma.

Fuimos juntas a un consultorio a conversar. Nos sentamos una al lado de la otra. Nora tenía el pelo corto y despeinado, con flequillo que le llegaba casi a los ojos, teñido de rubio. Las manos muy sucias, la piel se veía gruesa. Agarró un poco de alcohol en gel y mientras se frotaba las manos se limpiaba las lágrimas con la remera, pasándose el brazo por la cara “yo lo quiero a Darío, no lo quiero dejar. Reacciona así de la nada. Y yo estoy mal desde que estoy con él, hago cosas que no están bien, apuñalé a una piba, yo no soy así... Jony (ex pareja de Nora, actual pareja de Ana) me cagaba a palos, me molía mucho peor, una vez me apuñaló y me dejaba la cara toda hinchada”.

Ese día luego de que Nora se fuera, uno de los varones que estaba desayunando en la mesa, con quien yo no había conversado más que un par de veces se me acercó antes de retirarse de la salita y me dijo: “Él le pega, pero ella también es masoquista que se queda”.

Días más tarde Darío y Nora volvieron juntos a la salita, pero la relación comenzó a tener episodios de violencia cada vez más frecuentes, alternados por supuesto con periodos sin conflictos. Empezaban a discutir siempre sobre el cumplimiento o no de la monogamia y los celos que generaban diversas situaciones: “anda cornudo” / “así que soy cornudo”, “él puede salir toda la noche y me hace historia”, “No juego con él acá para que Darío no haga quilombo, no quiero que me echen por su culpa”. En ocasiones cuando la situación escalaba en insultos y potenciales violencias físicas algún profesional del equipo intervenía apelando a las normas institucionales y el encuadre del centro de salud, lo cual generaba respuestas solo de Darío haciendo referencia a que eran “problemas de pareja” y nadie debía meterse.

Luego de no verla por varias semanas fui donde Nora trabaja en el playón. La encontré junto a otra mujer. Tenía un ojo violeta. Le pregunté qué le había pasado en el ojo. Me miró con sorpresa, se miró en un espejo retrovisor del auto donde estaba apoyada y me dijo: “me pegó un boludo, adiviná”.

- *Hace mucho tiempo no te veía, ¿dónde andabas?*
- *Me fui de mi vieja unos días. Está todo mal, como siempre. La vez pasada fui a buscar mis cosas al auto y me había roto y tirado todo. Me corrió con un fierro y*

justo pasaba el colectivo. Me subí descalza, no llegué ni a ponerme las zapatillas. Y llegué descalza a la casa de mi mamá.

- *Che pero cada vez empeora más...*
- *Yo le dije que vamos a terminar los dos en el hospital y el boludo me dice que mejor, que por lo menos ahí vamos a estar juntos. (Se larga a llorar) Me rompe todo y a mí me cuesta mucho trabajo comprarme las cosas.*

En eso veo detrás mío que por el pasillo que desemboca en el playón viene Darío. Trae un palo de metal larguísimo en la mano. Sentí cómo las piernas se me tensionaban y me latía cada vez más rápido el corazón, tuve miedo. Pasó la primera vez a cinco metros de nosotras, yo trataba de no mirarlo demasiado. Entre ellos se sostuvieron la mirada a lo largo de todo el trayecto hasta que él desapareció por el pasillo de enfrente.

Nora siguió relatándome que con “el fierro” le había hecho varias heridas y que no creía que tuviera sentido hacer una denuncia, porque “¿Qué va a pasar? ¿Poner una perimetral en la calle? ¿Va a ir preso?” Darío volvió a pasar gritando: “¿Para qué le hablás si no entiende? Es una mogólica”. Nora automáticamente le grita: “Dale, vení, sidoso”. Él no se acercaba y continuaba caminando, le pedí a Nora que parara. Cuando Darío desapareció por otro pasillo Nora me contó que en el playón no podía hacerle nada porque “saltaban por ella” los demás: sus empleadores y familiares de ellos, y que Darío sabía eso.

Como hemos abordado en este capítulo, los mecanismos de control, vigilancia y adoctrinamiento sobre las prácticas y cuerpos de las mujeres se basan principalmente en el ejercicio de diferentes violencias por parte de ellos. Violencia física, económica, sexual, psicológica y simbólica se expresan en los relatos, pero de un modo legitimado por la idea de cierta naturaleza en las mujeres en general y, en particular, en las mujeres de la calle que consumen sustancias psicoactivas. Así, se construye como necesidad el proteger/controlar a estas mujeres que son “*locas y terribles*”.

Sin embargo, como veíamos en el capítulo anterior, las violencias ejercidas hacia las mujeres como formas de dominación no solo eran un modo de mostrarles el campo de ajenidad donde se encuentran; sino que también los varones podían brindar un mensaje

de reafirmación de su masculinidad a sus pares varones, como veremos a continuación.

La trabajadora social y la psicóloga estaban en la oficina del fondo. Cuando llegué ese día me contaron lo que había pasado el día anterior. Marcos había ido a la salita insultando a Rochi a los gritos, diciendo que “esa hija de puta” nunca más se iba a olvidar de lo que le había hecho. Cuando lo convocaron a hablar en un lugar más privado, la trabajadora social lo acompañó a un consultorio y él rompió en llanto. Le dijo que habían estado consumiendo con Rochi en la calle el día anterior; que luego él no quiso consumir más y se fue a dormir debajo de la autopista, donde paran. Como no podía dormir, volvió a buscarla y la encontró con otra persona. Intentó golpear a quien estaba con ella, pero él logró escapar. Ella por el contrario permaneció ahí. Marcos rompió una botella de vidrio y la apuñaló en el abdomen. Dice que desde ese entonces no la ha vuelto a ver, que está preocupado. Mientras lloraba refería que tenía miedo de que lo denuncie o le haya pasado algo.

Ambas profesionales parecían estar preocupadas, habían intentado obtener algún dato sobre dónde se encontraba Rochi. Sin embargo, hasta ese momento no había registro de ella en ningún efector de salud de la zona. Supimos que su salud física se encontraba en buen estado cuando volvimos a verla con él a los pocos días.

Según Segato (2018), en los hechos de violencia hacia las mujeres, el perpetrador emite sus mensajes a lo largo de dos ejes de interlocución. En el eje vertical, habla a la víctima. Su discurso adquiere un cariz punitivo y el agresor un perfil de moralizador social porque, en ese imaginario compartido, el destino de la mujer es ser contenida, censurada, disciplinada, reducida, por el gesto violento de quien reencarna, por medio de este acto, la función soberana. En el eje horizontal, el agresor se dirige a sus pares, y lo hace de varias formas: les solicita ingreso en su sociedad, compite con ellos, mostrando que merece por su agresividad ocupar un lugar en la hermandad viril. En este sentido, la autora agrega que el mandato de masculinidad es un pacto que necesita de víctimas sacrificiales. La mujer juega un papel funcional ahí por el lugar en el que es colocada. Así, el mandato de masculinidad que promete la ilusión de adquirir la posición de prestigio masculina obliga a los hombres a abdicar de su capacidad de empatía y exhibir potencia y capacidad de crueldad (Segato, 2018)

Retomando la situación mencionada, con frecuencia se vislumbra cierto acuerdo tácito entre los varones en relación al potencial vínculo que puede establecerse con la mujer de otro varón. Al igual que Marcos, generalmente ningún varón refería llevar a cabo ninguna represalia contra los varones con quienes eran engañados. Esa parte era destinada casi exclusivamente a “sus mujeres”, incluso ante la sospecha o algún cruce de miradas considerado inadecuado. Por el contrario, en caso de ser ellas quienes descubrían una infidelidad de parte de ellos, también la represalia era destinada a la tercera en discordia. Las pocas veces que me relataron un intento de destinar las acciones a ellos, finalmente las mujeres terminaban recibiendo una golpiza intensa.

Además de lograr finalizar el vínculo e iniciar otro como modo de resolver muchas de estas relaciones conflictivas, las mujeres de la calle recurrían a otras formas de resolución como la protección por parte de otros actores (familia, amigos y empleadores), limitar o discontinuar la permanencia en calle o en algunas zonas del barrio, el ejercicio de prácticas de violencia/defensa, las denuncias en instituciones del estado e incluso, en situaciones extremas y excepcionales, el homicidio. A continuación, desarrollaré algunas de estas situaciones.

Mientras conversábamos en el playón Camila me muestra su muñeca derecha, se la veía inflamada y enrojecida. Me cuenta que su pareja la golpeó y que se lo tuvieron que “sacar de encima”. En ese forcejeo se lastimó la muñeca: “Mira que estuve con hijos de puta, pero como este, ninguno. Me va a matar. Se me pone adelante y yo ya empiezo a temblar y lloro, le pido que no me pegue. El es muy celoso y acá son todos muy pito duro. No puedo tardar ni cuando voy a buscar comida al comedor...pedí ayuda en la iglesia y me dijeron que tengo que hacer un tratamiento por el consumo, después le contaron a él, casi me mata... me quiero separar, me da asco... igual yo también soy terrible, cuando está en pedo le pego, aprovecho”. Dos semanas más tarde Camila me iría a buscar a la salita. Viene a contarme que enfrentó a “su bestia”. Desde ese entonces él la persigue por todos lados, la agarra de los pelos y la arrastra por el piso, le dice que ella lo está provocando por ignorarlo, “lo prueba” para ver hasta dónde llega. Incluso los amigos de él le dicen eso y le sugieren que se vaya del barrio. Camila está indignada, le parece injusto que ella se tenga que ir. Me dice que quiere que él

cambie, no para estar con ella, sino para que la deje en paz. Él la amenaza con matarla si se entera de que lo denuncia. Sin embargo, refiere querer hacerlo. Ese día, desde la salita Camila pudo realizar la denuncia e ir a vivir por un tiempo a casa de su madre.

Si bien no se trata de la estrategia más frecuente, acudir a alguna institución a realizar una denuncia es parte de las alternativas posibles. Sin embargo, no se trata de un proceso accesible para estas mujeres, ni fácil de sostener en simultáneo con la calle. Por otro lado, parte de las estrategias utilizadas por estas mujeres para la resolución de los conflictos tienen que ver con incorporar y poner en práctica acciones que distan mucho del estereotipo de la buena víctima. Camila enfrenta a su “Bestia”, lo golpea y desafía, intenta hacer uso de la posición de aparente paridad a pesar de no contar con las mismas condiciones. Chicho, quien doblaba la edad y se había criado en el barrio, era conocido y temido por todos, tenía una gran capital simbólico y social a resguardar. Luego de varios meses cuando Camila volvió al barrio, Chicho la encontró en la calle y la golpeó hasta que intervino personal de las fuerzas de seguridad que se encontraban a pocos metros. Este episodio desencadenó su detención y un posterior proceso judicial.

En algunas oportunidades, el ejercicio de la violencia por parte de ellas llegaba a extremos excepcionales como en el caso de Soledad:

Soledad tenía 28 años cuando empezó a venir a la salita con su pareja, padre de su segundo hijo. Él era del barrio, bastante mayor que ella y conocido para el equipo de salud quien recordaba algunos episodios de violencia y conflictos con una de sus hijas.

Al principio se acercan porque necesitan gestionar algunos informes. Al parecer los hijos de Soledad estaban al cuidado de su madre y ella quiere recuperarlos. En simultáneo realizaban consultas frecuentes con un abogado por esta cuestión. Por ese motivo, vinieron con frecuencia a la salita durante por lo menos un mes y medio. Siempre concurrían juntos, sin embargo, con ella charlábamos solas en un consultorio o en la vereda. Muchas veces él intentaba meterse en la conversación o saber de qué hablábamos, pero lográbamos sortear sus preguntas con facilidad. En esos encuentros Soledad me contaba que se sentía muy sola, que su mamá y el resto de su familia la odiaban, querían que se muera. También me decía que su

pareja, cada vez que discutían usaba eso “en su contra”, diciéndole que no tenía a nadie más que a él.

Un día Soledad vino muy angustiada. Mientras charlábamos me dice que necesita medicación porque está muy ansiosa y que empezó a tartamudear. Ese día, las palabras de Soledad se trababan a lo largo de la conversación. Dice que ella tenía muchas cosas, auto, casa y perdió todo por su pareja: “Ahora tengo valijas con ropa nada más. Solo mi tía me da bola. Estoy re sola, no cuento con nadie porque no les gusta él”. También me dice que le tiene mucho miedo: “me dice yo a vos te voy a matar, yo creo que es verdad”. Me quiero ir, pero no quiero perder más cosas. Tengo las valijas con ropa en la casa de un amigo de él, donde vamos a dormir”.

Luego de ese día no vinieron por un tiempo, lo cual me preocupó después de que me comentara sus temores. Sin embargo, sabía por algunas de las personas que concurrían al centro, que se encontraban haciendo los trámites por los que habían venido a consultar, pero estaban bien.

Un día volvieron a almorzar. Mientras comían junto a otras personas en la misma mesa, uno de los varones le dice a él: “que bien se los ve a ustedes, están más arreglados, más tranquilos. A vos se te ve como relajado”. Automáticamente Soledad responde, mientras abraza a su pareja: “es porque tiene una buena mujer”. Todos se ríen.

Al día siguiente, a pocas cuadras de la salita una de sus trabajadoras ve en una esquina que había muchos patrulleros y policías, había alguien tirado en el piso. No pudo ver, pero estaba segura de que conocíamos a quien yacía ahí. A las horas, desde una de las organizaciones del barrio, nos contaron que Soledad había apuñalado a su pareja en la calle y él había fallecido. Estaban discutiendo a los gritos, ella le pedía que la dejara en paz. Avanzó y se alejó de él, luego volvió sobre sus pasos, lo apuñaló y se fue corriendo.

Dorlin (2018) describe la existencia de un dispositivo de poder denominado “dispositivo defensivo” que, sobre la base estructural del capitalismo, la raza y el género, traza una línea de demarcación entre, por un lado, los sujetos dignos de defenderse y los sujetos

defendidos, y por el otro, aquellos que al defenderse se convierten en peligrosos, amenazantes. A estos cuerpos vulnerables o violentables no les corresponden más que “*subjetividades sin armas en las manos*”, solo viven o sobreviven. En caso de atreverse a utilizar la autodefensa, ella misma conducirá a mayor violencia, incluso llevando a la propia muerte.

Según la autora, la “*buena mujer*” y la “*buena víctima*” están intrínsecamente vinculadas. En la consolidación del patriarcado blanco hegemónico, las mujeres blancas se constituyeron en mujeres dignas de respeto en tanto lograran delegar la propia defensa a un tercero, el marido o la ley. Así, la “*buena mujer*” se encuentra bajo la omnipotencia legal, económica y sexual de su marido, pudiendo ser asociada inmediatamente a la “*buena víctima: vulnerable, frágil y sin capacidad de autodefenderse*”.

En este sentido, Elsa Dorlin (2018) refiere que las mujeres asumen un riesgo entendido como natural, solo por el riesgo de corresponder a identidades feminizadas. Así asumen el riesgo inherente y despliegan una serie de estrategias que se sintetizan en la actitud de no llamar la atención: “*sonreír ante una interpelación en la vía pública, para no dar origen al conflicto, bajar la mirada, apurar el paso, tener siempre la llave en la mano, etc*”. De esta forma, las mujeres de esta tesis coinciden con el estereotipo opuesto, ellas no solo llaman la atención, luchan, hablan, no se perciben víctimas generalmente, toman acciones en pos de hacer frente a la violencia con medios que intentan ser similares a los usados por los varones.

Ellas cuestionan el estereotipo clásico de la mujer como cuerpo que debe ser defendido, ya sea por medio de establecer vínculos sexoafectivos con varones, como estableciendo relaciones con otros actores, familiares, como por mano propia, ellas procuran su propia defensa, están en movimiento constante, en alerta. Encarnan, de acuerdo al cálculo, identidades y prácticas masculinas. Así se convierten en cuerpos que deben ser adoctrinados en tanto “*malas mujeres*” y “*malas víctimas*”. Tal como indica Ortner (2016) son castigadas por su transgresión moral, por el exceso de agencia, por osar garantizarse a sí mismas las oportunidades estructuralmente negadas.

Si bien la pragmática vitalista, “*sus decisiones*”, les permiten tomar el espacio público, a su vez, deben pagar altos costos por desafiar aquello esperable de acuerdo al género socialmente asignado. En este sentido, los vínculos mencionados, por momentos,

disminuyen los riesgos a los que se exponen. A su vez, en ocasiones se convierten en el principal riesgo. Así, de forma dinámica, la participación en el campo doméstico y el de la calle, los circuitos que transitan, las estrategias que despliegan giran con frecuencia sobre este eje.

Así mismo, ocurre cuando se trata de ellas, un fenómeno particular diferencial en términos del género que da cuenta del sistema patriarcal actualizando sus mecanismos de control incluso ante las modificaciones y debilitamiento de los lazos sociales y los espacios de integración como consecuencia del neoliberalismo. De esta manera, a pesar de la incapacidad de los espacios clásicos de integración y de las relaciones propias de esos campos, para retenerlas allí, estas últimas no desaparecen. Por el contrario, y a diferencia de lo que ocurre en el caso de los varones de la calle, los vínculos significativos toman diversas formas, permanecen trasladándose a los otros espacios y reproduciendo la desigualdad aún allí. Protegiendo/controlando a sus mujeres que tienen la marca de propiedad en sus cuerpos inherentemente del campo en que ella se haya producido.

A lo largo del capítulo, es posible observar los sentidos contruidos sobre las mujeres en general, y sobre las mujeres en situación de calle en particular. Aquí el patriarcado signa aquellos sentidos adjudicados que las construyen como seres en los cuales no se puede confiar. *“Provocadoras”*, *“manipuladoras”*, y a la vez *“impulsivas”* e *“irracionales”*, son destinatarias de una triple sospecha por el hecho de ser mujeres, consumidoras de paco y portadoras de una alteridad no hegemónica en tiempos neoliberales.

De esta forma, las mujeres de la calle se constituyen como la figura paradigmática de la *“mala mujer”*, ocupando espacios que no le pertenecen, desarrollando pragmáticas vitalistas que utilizan de forma situacional performances y prácticas masculinas. El uso de estrategias dislocadas en términos de experiencias generizadas masculinas, es decir, que a priori no les son propias, convierte el ejercicio de la violencia por parte de estas mujeres, como una forma ilegítima de la autodefensa, por ende, sancionada. En este sentido, sobre la idea de *“mala mujer”* se construye también la de la *“mala víctima”*. Sobre estas construcciones de sentido fuertemente arraigadas hacia esta población es que se legitiman las prácticas de violencia y los dispositivos de control.

Aquí la violencia y el aparato de dominación que se construye tiene una función normalizadora, adoctrinar a estas mujeres. Envía mensajes de forma vertical hacia las

mujeres de la calle (y las mujeres en general) sobre los costos que conlleva desafiar los mandatos tradicionales del género. Así mismo, refuerza el contrato de masculinidad entre varones y de la institución familiar en tanto reproductora de las desigualdades de género que impone el patriarcado. De esta manera, la violencia se torna instrumental, restablece el orden adecuándose al campo de la calle, es decir, actualizando sus dispositivos a las formas heterogéneas en que se construye el capitalismo desde abajo.